

# Historias para fantasmas

■ ■ J.R.M. Ávila\*

## Escondite

Sabía que no era como cuando jugábamos al escondite, sabía que no podía decir “soy yo, aquí estoy”. No se trataba de perder el juego sino la vida y eso ya no era divertido.

Recordaba las palabras de papá: “No se muevan de aquí. Si se acerca un desconocido, ni se les ocurra respirar”. No era cosa de morir en la asfixia, pero tampoco de descubrirse o decir: “Ya no juego, esto es muy aburrido”.

Se me ocurrió de repente que no sería malo ser como aquel niño que no conocíamos y pidió jugar con nosotros a las escondidas y al final los encontramos a todos, menos a él y al contárselo a mi mamá nos dijo muy seria: “No es bueno jugar con fantasmas”.

Pero ahora no se trataba de fantasmas, ni jugábamos, y yo temblaba en mi escondite.

## Susto

Y entonces recordé aquellas noches calurosas en que en la radio de la abuela se escuchaba la novela de misterio de aquel hombre que mantenía encerradas a la mujer y a la hija, amenazándolas, atemorizándolas con presuntos fantasmas.

Después regresábamos con el cuerpo engarrotado, creyendo ver en cada mancha blanca en medio de la oscuridad a un fantasma y de repente echábamos a correr del susto sin detenernos a ver el vuelo que flotaba sobre nuestras cabezas, sin querer saber si se trataba de lechuza, murciélago o fantasma.

## Casa deshabitada

“¿Y si hay fantasmas?”. “Los fantasmas no existen”, dice burlón el otro. “Si se nombran, sí”, se defiende el que cree en fantasmas. “Entonces tú tienes la culpa si aparece uno, por nombrarlos”. “No es que crea, pero ¿y si hay?”.

La mamá ha entrado a un cuarto y se quedan solos en la sala. Un ruido los silencia. “¿Qué fue eso?”. “Tu fantasma. Y ni creas que te voy a ayudar con él”. “¿Me vas a dejar solo aquí?”. “No, vete con mamá, que ella te cuide”.

“¿Tú crees en fantasmas, mamá?”, dice el descreído. “No”. “¿Aunque él los nombre?”. “Un poco, sí”, dice ella después de pensarlo. “Pues yo no creo en fantasmas, aunque él los nombre, es más, aunque los nombres tú”. “¿Aunque existan?”, dice sonriendo el que cree. “No, aunque existan”.

“¿Y si existen y no crees, ¿cómo vas a defenderte si se te aparecen o quieren dañarte?”. “Con no creer en ellos tengo suficiente”. “Pero si existen y te dan miedo, ¿qué vas a hacer?”. “Nada. Si no creo en ellos, tampoco ellos van a creer que les tengo miedo”.

## Lluvia

Es la tercera vez que te veo de reojo dirigiéndote al baño, pero las tres veces te descubro recostada a mi lado. Y como sólo tú y yo vivimos aquí, se me ocurre que la casa se ha movido o ha deslizado alguna cosa que le parecía mal acomodada o que le incomodaba.

No creemos en fantasmas. Pero no sé si la casa crea en ellos. Tenemos escasos ocho meses de conocerla y no sabemos si le dé por aparecer fantasmas.

Aunque con esta estrepitosa lluvia que se empeña

\* Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Pérdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

en vaciar el cielo, ni los fantasmas se atreverían a aparecer.

## Gasolinería

La mujer estaciona su auto frente a la bomba de gasolina. La hija que va en el asiento de copiloto baja y se dirige a la tienda de conveniencia.

“Ay, no, otra vez no”, dice el despachador y en seguida dirigiéndose a la conductora: “¿Venía con usted una niña?”.

“Sí, pero bajó a comprar algo”, dice la mujer.

“¡Uf, qué alivio! Ayer vino un señor con una mujer y como de repente ya no la vi, le dije: ‘¿Y la señora que venía con usted?’ Y me va diciendo: ‘¿Cuál señora?’. Le dije que una señora así y asá, que venía sentada al lado de él. ‘Ah’, dijo, ‘es mi esposa. Ya lleva una semana muerta’”.

La mujer se queda con la boca abierta y nada dice. El hombre la despacha, la niña regresa, el auto se retira de la gasolinería.

“¿Viste la cara que puso la señora?”, dice el despachador a un compañero.

“¿Qué ganas con inventar esas cosas?”, dice el otro.

“En algo tiene uno que entretenerse, ¿no?”.

## Lagartijas

“Déjalas en paz”, dijo la niña, y no supe de qué hablaba. “Las lagartijas, no les arrojes piedras, son mías”. No entendí. “¿Las piedras o las lagartijas?”. “Deja en paz a mis lagartijas”. “¿Tus lagartijas?”, me reí.

“De qué te ríes”, dijo. “¿Cómo van a ser tuyas las lagartijas? De nadie son”. “Claro que son mías, ¿no están en mi casa?”. “A ver, háblales”. “No son perros”. “Ni son tuyas”. “Claro que sí”.

Una lagartija atravesó el camino y se metió en el terreno de mi casa. “Ahora, esa es mía”, dije sonriente. “Va a volver, ya verás”, dijo ella.

Claro, volvió. Pero no porque fuera suya, sino porque en el terreno de su casa tenía a las hijitas. “No son tuyas”, insistí. “De todas maneras, no las apedrees. Les duele”. “¿Qué me importa, si no son mías?”.

La niña me arrojó una piedra sin tino, pero me espantó porque no la esperaba. “Para que veas lo que sienten”. Enojado, le arrojé una piedra que atravesó su pecho. “Yo no soy lagartija”, dijo sonriendo antes de desaparecer.

Entré a mi casa y atranqué la puerta con el odio y el miedo atravesados.

## Leyenda

Avanzo por la calle Mina. Mis pasos resuenan en el silencio de la noche. Me detengo ante una casa antigua que exhibe una placa de metal en la que se encuentran grabadas estas palabras:

*Cuenta la leyenda que en esta casa se siente la presencia de tres seres: primero una mujer vestida de blanco que emite un grito lastimero; del segundo sólo se ha escuchado el taconeo de unas botas; la más frecuente es la presencia de un niño en distintas partes de la casa.*

Señalando la placa, pregunto a una mujer si es cierto lo que ahí se lee. Ella me mira molesta y calla. Cuando insisto, me mira contrariada. Preferiría no haber preguntado.

“¿Acaso no lo sabes tú?”, me dice. Me siento tan raro. “¿No tiene miedo de vivir aquí?”, no sé por qué salen estas palabras de mi boca. ¿En qué momento las pensé? “Más miedo le tengo a él”, dice señalando con un movimiento de cabeza.

Miro hacia la ventana que señala. Hay un niño ahí que se esconde al verme. “Más miedo te tengo a ti”, dice sin dar tiempo a que me reponga. Busco de nuevo al niño, pero no reaparece ahí sino en otra ventana. La mujer entra en la casa y con un lamento se desvanece en blanco.

Me alejo despavorido al descubrir de nuevo en mis pisadas quién soy yo.